

DOMINGO: SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Deuteronomio 4, 32-34.39-40): *El Señor es el único Dios.*

Salmo (Daniel 32, 4-6.9.18-20.22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió por heredad»*

2ª lectura (Romanos 8, 14-17): *Somos, también, hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Haced discípulos a todos los pueblos.*

Algunos piensan que la Santísima Trinidad es algo que queda allá arriba, en lo alto de los cielos donde los hombres no pueden llegar. Continúan afirmando que Dios es un Dios inaccesible, qué, si bien creó todas las cosas, ya no está pendiente de ellas pues ya les dio autonomía suficiente para que las criaturas se desarrollen por sí mismas. En definitiva, vendrían a decir que las relaciones de Dios con el universo es un dogma que no se puede negar, pero no se siente como una realidad viva que afecta al acontecer de cada día; algo así como si Dios pretendiera permanecer sólo y afirmarse en su identidad.

Sin embargo, el enunciado cristiano de la Santísima Trinidad nos revela la propia intimidad de Dios, el misterio insondable de sus relaciones personales que definen al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Estas tres divinas personas no son una simple relación matemática, sino que ellas tres son el mismo Dios que consolida la unidad de la naturaleza divina en la Trinidad de las personas; lo que constituye la esencia del misterio trinitario es la relación de amor que el Padre tiene a su Hijo y que se manifiesta con la fuerza del Espíritu Santo, que es, a su vez, don y causa del amor divino.

¿Acaso no hablamos del amor que el Padre tuvo al mundo cuando decidió enviar a su Hijo para que nos salvara? Y ¿quién, sino el Hijo, manifestó ese amor del Padre al mundo? ¿Acaso no fue el propio Espíritu Santo quien fecundó el seno virginal de María para que fuese el amor de Dios el verdadero y único autor de la Encarnación del Hijo? ¿Cómo podemos prescindir de este hecho manifiesto de un Dios Trino, que nos revela su identidad en profunda y fecunda relación íntima, dándose al hombre en plena relación de amor?

El Dios que creó al hombre sobre la tierra es un Dios único, pero que no está sólo; es el Dios vivo que comunica la vida a su pueblo interviniendo a lo largo de su historia desde el mismo momento en que lo elige. Nunca abandona su actividad, siempre está atento a la obra de sus manos; así nos lo cuenta el evangelista en boca de Jesús, su Hijo, el testigo veraz y fiel de cuanto el Padre realiza en favor del hombre. El salmista identifica al Señor vivo y vivificante; con sus ojos puestos en sus fieles, siempre en relación con los que esperan en Él y dispuesto incluso a reanimarlos en el tiempo del hambre.

Celebrar la fiesta de la Santísima Trinidad puede ser una ocasión para profundizar en ese aspecto de la plenitud de Dios, de su eficacia salvífica y de la relación intensa que genera su misma condición de Bondad Suprema, sentir a Dios Padre con la fuerza del Espíritu Santo que nos hace sentirnos herederos de Dios y coherederos con Cristo es algo que nos relaciona íntimamente con Dios y nos acerca más al misterio de la Santísima Trinidad.

Celebramos hoy una fiesta dedicada a la Santísima Trinidad y, sin embargo, el Evangelio empieza hablándonos de Galilea. No escuchamos complicados tratados teológicos sobre las procesiones intratrinitarias (relación entre las tres personas divinas). Galilea evoca sencillez, evoca vuelta a los orígenes. Quizá la fe en la Trinidad también tenga mucho de sencillo: confiar, abrirnos a esa protección y cuidado que Dios –uno y trino– nos dispensa. Los once han regresado a Galilea y esta mención no es solamente un lugar geográfico sino un lugar teológico.

Allí empezó todo, allí está la patria chica de Jesús, Nazaret, allí empezó a predicar. Allí curó, allí infundió esperanza a tanta gente. Jesús resucitado regresa al Padre y pide a los suyos que continúen su misión. Regresar a Galilea puede significar también para nosotros que la misión de Jesús la debemos llevar a cabo en nuestra vida corriente, la de cada día.

Jesús durante su ministerio público había hablado siempre de su Padre Dios. Jesús procede de Dios, dice y hace lo que ha oído decir y visto hacer a su Padre. Recordamos también los largos ratos de oración que Jesús pasaba ante Dios. También Jesús nos hablará del Espíritu Santo que habría de venir cuando él ya no estuviera, cuando él ya hubiera regresado al seno de Dios. Jesús no actuó nunca, ni actúa, por su propia cuenta. Por eso ahora, cuando manda a los suyos a la misión les pide que bauticen en el nombre de la Trinidad.

La causa de Jesús no se puede entender sin la referencia a Dios Padre y al Espíritu. Ya que la voluntad inquebrantable de Dios de establecer una alianza de amor con el género humano se ha hecho tangible en Jesucristo y se mantiene en este tiempo gracias al impulso del Espíritu Santo. Además, los discípulos tendrán que enseñar, a los que quieran iniciarse en la fe, todo lo que aprendieron de Jesús.

En la misión no estamos solos. En nuestra Galilea particular, ahí, en nuestra vida cotidiana es donde estamos llamados a ser testigos de Jesucristo, ahí contamos con todo el apoyo de Dios Padre, de su Hijo Jesús y del Espíritu Santo. Aquellos buenos hombres y mujeres, los primeros discípulos no intentaron explicar con la razón lo que estaban viviendo. Vacilaron, pero al final se fiaron de Dios y de la palabra de Jesús y eso les hizo entregarse con todas sus fuerzas a continuar la misión con resultados realmente extraordinarios. Creer en la Trinidad es confiar.